

Dom

16 Ago

Homilía de Vigésimo Domingo del Tiempo Ordinario

Año litúrgico 2008 - 2009 - (Ciclo B)

“Quien come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo em él.”

Introducción

Desde el domingo diecisiete del Tiempo Ordinario estamos escuchando en el Evangelio el capítulo sexto de san Juan, que constituye una profunda catequesis eucarística. Curiosamente el cuarto evangelio no cuenta la institución de la Eucaristía en la última Cena, pero traslada su enseñanza sobre este misterio a este capítulo donde se narra en primer lugar la multiplicación de los cinco panes de cebada y los dos peces. Esta catequesis comienza como si fuera una homilía sobre la lectura bíblica del episodio del maná, pronunciada en la sinagoga de Cafarnaún. En medio de los calores del verano, la Palabra de Dios viene a llamar nuestra atención para invitarnos a reflexionar sobre el misterio de la Eucaristía vivido a diario o cada domingo. Parece querer sacudirnos para que no descuidemos su importancia y acojamos el gran regalo que ella constituye para nuestras vidas.



Fray Manuel Ángel Martínez Juan
Convento de San Esteban (Salamanca)

Lecturas

Primera lectura

Lectura del Libro de los Proverbios 9, 1-6

La sabiduría se ha hecho una casa, ha labrado siete columnas, ha sacrificado víctimas, ha mezclado el vino y ha preparado la mesa. Ha enviado a sus criados a anunciar en los puntos que dominan la ciudad: «Vengan aquí los inexpertos»; y a los faltos de juicio les dice: «Venid a comer de mi pan, a beber el vino que he mezclado; dejad la inexperiencia y viviréis, seguid el camino de la inteligencia».

Salmo

Sal. 33, 2-3. 10-11. 12-13. 14-15 R/. Gustad y ved qué bueno es el Señor.

Bendigo al Señor en todo momento, su alabanza está siempre en mi boca; mi alma se gloria en el Señor: Que los humildes lo escuchen y se alegren. R/. Todos sus santos, temed al Señor, porque nada les falta a los que lo temen; los ricos empobrecen y pasan hambre, los que buscan al Señor no carecen de nada. R/. Venid, hijos, escuchadme: os instruiré en el temor del Señor; ¿Hay alguien que ame la vida y desee días de prosperidad? R/. Guarda tu lengua del mal, tus labios, de la falsedad; apártate del mal, obra el bien, busca la paz y corre tras ella. R/.

Segunda lectura

Lectura de la carta del Apóstol San Pablo a los Efesios 5, 15-20

Hermanos: Fijaos bien cómo andáis; no seáis insensatos, sino sensatos, aprovechando la ocasión, porque vienen días malos. Por eso, no estéis aturcidos, daos cuenta de lo que el Señor quiere. No os emborrachéis con vino, que lleva al libertinaje, sino dejaos llenar del Espíritu. Recitad entre vosotros salmos, himnos y cánticos inspirados; cantad y tocad con toda el alma para el Señor. Dad siempre gracias a Dios Padre por todo, en nombre de nuestro Señor Jesucristo.

Evangelio del día

Lectura del santo Evangelio según San Juan 6, 51-58

En aquel tiempo, dijo Jesús a la gente: «Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo; el que coma de este pan vivirá para siempre. Y el pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo». Disputaban los judíos entre sí: «¿Cómo puede este darnos a comer su carne?». Entonces Jesús les dijo: «En verdad, en verdad os digo: si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día. Mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él. Como el Padre que vive me ha enviado, y yo vivo por el Padre, así, del mismo modo, el que me come vivirá por mí. Este es el pan que ha bajado del cielo: no como el de vuestros padres, que lo comieron y murieron; el que come este pan vivirá para siempre».

Pautas para la homilía

Algunos efectos de la Eucaristía

Da la vida eterna

En el pasaje evangélico de este domingo Jesús se define a sí mismo como «el pan vivo que ha bajado del cielo». Comer este pan con fe produce en el que lo come la vida eterna. Es decir, pone a los comensales en conexión con la fuente de la vida, no sólo de la biológica, sino también de la vida eterna, de la vida misma de Dios, que se caracteriza sobre todo por el amor. San Ignacio de Antioquia hablaba de la Eucaristía como «medicina de inmortalidad» y como «antídoto para no morir», con esas expresiones quería decir que la salvación auténtica, es decir, la victoria sobre la muerte, se alcanza gracias a la Eucaristía.

En la cultura occidental la vida eterna ha dejado de ser una preocupación. Es la vida biológica y material la que atrae toda la atención, pero cuando uno se detiene a pensar descubre que eso no puede satisfacer los anhelos más profundos que alberga el corazón humano, aunque no siempre salgan a la superficie por el embotamiento de la mente.

Los cristianos debemos apasionarnos por la vida eterna. Debemos buscarla con todo nuestro empeño. Recordemos que allí donde los tres primeros evangelistas hablan de «reino de Dios», el evangelio de san Juan habla de vida eterna. La vida eterna no se alcanza sólo después de la muerte, sino que comienza en el momento en que se come la carne y se bebe la sangre de Jesús. Es decir, en el momento en que se cree en Jesús, en que se entra en comunión con su persona, con sus sentimientos, con sus disposiciones interiores, con su revelación, con su gracia, con sus dones, con su Espíritu...

La Eucaristía no es una cosa, sino una persona: es Jesús.

La Eucaristía es, además, una necesidad vital para todos. Sin Eucaristía no hay acceso a esa vida que nos ha traído Jesús, que es en definitiva la vida verdadera.

Nos une estrechamente a Jesús

Otro de los efectos capitales de la comunión Eucarística es esa relación tan estrecha que se establece entre Jesús y el que comulga. Jesús lo expresa con esas emotivas palabras: «El que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él». Jesús habla de una reciprocidad de presencia. Aunque esas presencias no son simétricas. La presencia de Jesús es la que nos da fuerza, la que nos consuela en la tristeza, la que nos ilumina en medio de nuestras oscuridades, la que nos alegra en todo momento. En la Eucaristía recibimos presencia, intimidad. Nada alegra tanto el corazón humano como la presencia de las personas queridas.

Nos lanza a la acción

La Espiritualidad eucarística es muy fecunda. La Eucaristía siempre lanza a la acción, porque el encuentro con Jesús en la Eucaristía nos hace descubrir sus preocupaciones respecto de nuestro mundo. ¿Y cómo no ponerse manos a la obra cuando alguien que nos quiere tanto nos lo pide?

Nos une al Padre

Pero además la Eucaristía produce otro efecto: nos une a todo lo que Jesús está unido. Nos une al Padre y al Espíritu. Jesús dice que él vive por el Padre. Jesús siempre permanece unido al Padre. La humanidad de Jesús, su carne y su sangre, son el «medio», el «puente» que nos conecta con la otra rivera, que nos pone en contacto con la fuente de la vida. Y en ningún otro momento la presencia de Jesús en nuestras vidas se hace tan fuerte y tan densa como en la Eucaristía. Pero no sólo en el futuro, también el presente.

La necesidad de creer

Ahora bien, para que la Eucaristía fecunde nuestra vida es necesario creer. La falta de fe en la Eucaristía es patente en muchos cristianos; no solamente en quienes no acuden a ella porque la consideran innecesaria para ser buenas personas, sino también en quienes acuden a ella o incluso la presiden, pero con prisa o de forma rutinaria o sin prestar atención a esa presencia generosa de Jesús.

Ya el autor del cuarto evangelio tuvo que enfrentarse con el problema de las dudas de fe que suscitaba entonces en su tiempo la Eucaristía. El domingo pasado escuchábamos el pasaje evangélico que ponía de manifiesto esas dudas de fe. Ante la afirmación de Jesús declarándose «el pan vivo bajado del cielo», los judíos comenzaron a objetar: «pero si este es el hijo de José; pero si todos conocemos a su padre y a su madre, ¿cómo dice ahora que ha bajado del cielo?» Por demasiado conocido, a los judíos se les escapó el misterio de Jesús. Su conocimiento sólo fue superficial y de oídas.

El pasaje evangélico de hoy recoge una segunda duda de fe. Ante las palabras de Jesús: «...el que como de este pan vivirá para siempre. Y el pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo», los judíos disputaban entre sí diciendo: «¿cómo puede este darnos a comer su carne?» Esa es en el fondo la duda de quien no cree en la encarnación del Hijo de Dios, y que no puede creer en la Eucaristía como continuación de esa encarnación.

La generosidad la Sabiduría preludio de la generosidad de Jesús

La generosidad de Jesús en la Eucaristía viene prefigurada por la Sabiduría del Antiguo Testamento. El pasaje de la primera lectura de este domingo habla de la Sabiduría personificándola. La Sabiduría ha edificado una buena casa, ha preparado un buen banquete y ha despachado a sus criados para que inviten su mesa a todos los inexpertos y faltos de juicio, para que coman su pan y su vino, y abandonen la inexperiencia y vivan, y sigan el camino de la prudencia. La inexperiencia, la falta de juicio, la imprudencia o falta de Sabiduría divina conduce a la muerte, a la separación de Dios.

Dejaos llenar del Espíritu

La segunda lectura de este día, tomada de la carta de san Pablo a los Efesios recoge una serie de buenos consejos que el Apóstol da a sus corresponsales, y que no dejan de tener vigencia también en nuestros días: examinad la propia vida para ver dónde se sitúa uno respecto a Dios, cuáles son nuestros proyectos, nuestras preocupaciones más profundas; sed sensatos; no dejéis pasar la ocasión, porque vienen días malos; estad bien despiertos para caer en la cuenta de lo que Dios espera de cada uno; no emborracharse para no caer en el libertinaje; dejarse llenar del Espíritu. Este último consejo debe tomarse muy en serio. El Espíritu de Jesús está en todo bautizado, pero no actuará en nuestra vida si no lo liberamos, sin no lo dejamos actuar.

Finalmente, san Pablo pide a Efesios que no dejen de orar con salmos, himnos y cánticos inspirados,... y a dar gracias a Dios por todo, lo bueno y también por las pruebas de la vida, y a realizarlo todo en nombre de Jesús.



Fray Manuel Ángel Martínez Juan
Convento de San Esteban (Salamanca)

Evangelio para niños

XX Domingo del tiempo ordinario - 16 de agosto de 2009



Discurso en la sinagoga de Cafarnaúm

Juan 6, 51-59

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

En aquel tiempo dijo Jesús a los Judíos: - Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo: el que come de esta pan, vivirá para siempre. Y el pan que yo les daré es mi carne para la vida del mundo. Disputaban entonces los judíos entre sí: -¿Cómo puede éste darnos a comer su carne? Entonces Jesús les dijo: -Os aseguro que, si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último día. Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, habita en mí y yo en él. El Padre que vive me ha enviado y yo vivo por el Padre; del mismo modo, el que me come vivirá por mí. Este es el pan que ha bajado del cielo: no como el de vuestros padres, que lo comieron y murieron; el que come de este pan vivirá para siempre.

Explicación

Cuando Jesús dice a quienes le escuchan que coman su carne y beban su sangre, les está invitando a acoger e imitar su estilo de vida; les invita, sobre todo, a estar tan unidos a El que todo lo importante para El, lo fuera para ellos de igual modo. Para nada les dice que le coman en plan caníbal.

Evangelio dialogado

Te ofrecemos una versión del Evangelio del domingo en forma de diálogo, que puede utilizarse para una lectura dramatizada.

VIGÉSIMO DOMINGO ORDINARIO – CICLO “B” - (JUAN 6, 51-59)

NARRADOR: En aquel tiempo, dijo Jesús a los judíos:

JESÚS: Yo soy el pan vivo, bajado del cielo. El que come de este pan, vivirá para siempre. Y el pan que yo daré, es mi carne para la vida del mundo.

NARRADOR: Discutían entre sí los judíos y decían:

JUDÍOS: ¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?

JESÚS: Os aseguro que si no coméis la carne del Hijo del Hombre, y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros.

JUDÍO 1: ¿Por qué nos hablas continuamente de comer tu carne y beber tu sangre?

JESÚS: El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré el último día.

JUDÍO 2: ¿Pero quién te crees tú para decirnos estas cosas?

JESÚS: Mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, habita en mí, y yo en él.

JUDÍO 1: ¿Qué nos quieres decir cuando hablas de habitar en ti?

JESÚS: El Padre, que vive, me ha enviado y yo vivo por el Padre; del mismo modo el que me coma vivirá por mí.

JUDÍO 2: ¿A que te refieres cuando hablas de que el que te coma vivirá para siempre?

JESÚS: Este es el pan bajado del cielo: no como el de vuestros padres, que lo comieron y murieron; el que coma de este pan vivirá para siempre.

NARRADOR: Esto lo dijo Jesús enseñando en la sinagoga, en Cafarnaúm.

Textos: Fr. Emilio Díez y Fr. Javier Espinosa

Dibujos: Fr. Félix Hernández